



POR UN NUEVO CONTRATO SOCIAL

Renovar la democracia
para no dejar a nadie atrás

3^{ER} ENCUENTRO DE DEBATE PARA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

DIÁLOGO CON ACTORES ECONÓMICOS

Cartagena de Indias | 14 y 15 de septiembre 2022

#RenovarLaDemocracia

DIEZ FACTORES EXPLICATIVOS SOBRE EL ESTADO DE LA DEMOCRACIA EN AMÉRICA LATINA

Este diagnóstico es una propuesta para debatir y validar por la/os participantes de la sesión plenaria con la que se inicia el 3er Encuentro en Cartagena de Indias (Colombia). Para ello, se han sistematizado diez puntos fundamentales que, sin ánimo de agotar potenciales explicaciones, nos permita consensuar una serie de factores causales y partir de una lectura común sobre el estado actual de la democracia en América Latina. Este documento ha sido además presentado y discutido previamente en los dos primeros Encuentros, celebrados en Montevideo (mayo, 2022) y Santa Cruz de la Sierra (junio, 2022), y se ha enriquecido con comentarios de sus asistentes.

1. El deterioro democrático como marco general

El modelo democrático está en crisis. Se trata de un fenómeno global que afecta de manera singular a América Latina, acostumbrada a vivir con bajos rendimientos institucionales, inestabilidad política y altos niveles de desafección ciudadana. Ahora bien, el deterioro actual parece ir más allá de los habituales síntomas de debilidad y la región se encamina hacia una erosión generalizada del valor intrínseco de sus democracias, manifestada en desencuentros sociales profundos respecto a su significado, así como a la emergencia de rasgos y prácticas autoritarias en el ejercicio del poder. Algunos de estos enfoques apelan a modelos de poder excluyente, basados en un patrón económico y cultural hegemónico, con prácticas patriarcales y discriminatorias, procesos de hipocresía y folklorización de la inclusión, cuando no de violencia institucional.

2. Ruptura de las reglas de juego

Una de las principales dimensiones del actual deterioro democrático afecta a la división de poderes y al funcionamiento del Estado de Derecho. La adopción de medidas excepcionales, las injerencias cruzadas y la politización de la justicia y su utilización como mecanismo de persecución política (el denominado lawfare) quiebran las reglas de juego. Estas prácticas, junto a las dificultades de acceso a la justicia que sufren muchas personas, provoca en la ciudadanía una sensación de anomia social y de agravio frente a sectores privilegiados y las elites en el poder. Dicha falta de garantías provoca violaciones de derechos humanos, sobre todo en quienes los defienden, y conduce a niveles de impunidad inasumibles.

3. Entramados de poder, élites y corrupción

Ocho de cada diez latinoamericanas/os considera que se gobierna para los grupos poderosos y en su propio beneficio. Entender la política regional requiere, por tanto, incluir un enfoque que haga visible las barreras de entrada en la vida política, y que se centre en el estudio de los entramados y redes de poder que colonizan instituciones y orientan los recursos públicos hacia grupos privados, mediante prácticas corruptas, conformando así las élites políticas y económicas de los países. En ese sentido, las vinculaciones de estos grupos con estructuras criminales son la forma extrema de esta desviación política.

4. Crisis de representación política

La desconexión entre identidades, valores e intereses ciudadanos y las respuestas políticas parece hoy mayor que nunca, lo que sitúa a la crisis de representación en un lugar central del diagnóstico sobre el deterioro de la democracia en la región. Al descrédito y desafección hacia los sistemas de partidos tradicionales, que son percibido como oligopolios sin capacidad de escucha, se une el cuestionamiento a los procesos electorales, la elevada volatilidad y la aparición de grupos políticos situados en los márgenes, como algunas de las manifestaciones más graves de esta crisis.

5. Polarización creciente

La polarización es una tendencia mundial que tiene sus particularidades en América Latina. La falta de valores compartidos, las abruptas diferencias sociales y la ausencia de consensos mínimos provoca una fisura no solo ideológica, sino también emocional. Esta “brecha afectiva” ha conducido a un escenario marcado por “las distancias que nos separan”, donde el debate e intercambio de ideas basado en la razón deja paso a un combate de bajas pasiones, en el que el adversario político es convertido en enemigo, y valores como el diálogo y el pluralismo son sustituidos por la confrontación y el espíritu totalizante.

6. Criminalización de la protesta

Las acciones disruptivas no son un fenómeno nuevo en la región, pero sí lo es el grado de enojo de quienes se manifiestan, movidos por una sensación de agravio que se ha ahondado tras la gestión de la pandemia. Estas movilizaciones sociales suponen también un cuestionamiento sobre quién define y es considerado sujeto constituyente de las democracias, y visibilizan a actores tradicionalmente excluidos en el modelo patriarcal y extractivista, como mujeres, indígenas, afros, colectivos LGTBIQ+, ambientalistas o jóvenes, entre otros. La respuesta política que se ha dado a estas movilizaciones en determinados contextos ha profundizado además dicha desafección, con discursos estigmatizantes, reacciones policiales desproporcionadas o la aprobación de reformas penales que criminalizan la protesta.

7. Amenazas a la libertad de información y expresión

A la habitual presión política y empresarial que sufre la profesión periodística, se une en los últimos años la violencia sistemática ejercida por distintos actores estatales y paraestatales contra periodistas, informadores y activistas en general. A ello se suma el papel político que, en muchas ocasiones, ejercen de forma directa los propios medios de comunicación que, vinculados a grandes intereses económicos o conglomerados empresariales, orientan su actividad a proteger dichos intereses y a deslegitimar prácticas democráticas. Junto a esta realidad, crece la influencia en la esfera pública de las redes digitales, concentradas en grupos mediáticos, con nuevas dinámicas de información, pero también de desinformación y difusión de noticias falsas, y con el surgimiento de nuevos liderazgos y líderes de opinión que, lejos de contribuir a una democracia deliberativa, instigan al odio, mediante discusiones espurias y la reproducción de clichés y estereotipos, que merman la confianza social y aumentan la polarización.

8. Políticas públicas: entre la insuficiencia y la ineficacia

Otra dimensión clave del deterioro democrático está relacionada con la secular dificultad de los países de la región para abordar los problemas que afectan a la mayoría de la población, como la pobreza, la desigualdad, la inseguridad, el desarrollo depredador o el deterioro ambiental. La carencia de modelos políticos exitosos o la dificultad para abordar los principales desafíos vinculados al desarrollo sostenible y a la igualdad, especialmente de género, contrastan con las respuestas políticas existentes, que son, en general, débiles, debido tanto a la endémica fragilidad del Estado, como a la carencia de recursos y al modelo político y de gestión, más centrado en las dinámicas partidistas y electorales que en el diseño de políticas públicas de desarrollo. Estas dinámicas dificultan además la posibilidad de afianzar mecanismos que permitan sostener en el tiempo aquellas políticas promotoras del desarrollo social, sujetas a los cambios de gobierno, lo que profundiza la sensación de impotencia en la ciudadanía.

9. Reproducción y profundización de brechas sociales

La pandemia ha evidenciado cómo en los momentos críticos los vulnerables lo son todavía más, persistiendo como principales problemas de la región la pobreza, la discriminación racial, y las distintas desigualdades, como elementos intrínsecos al modelo democrático en vigor. En los últimos años se ha constatado cómo procesos de cambio social encabezados por sujetos históricamente subalternos (mujeres, indígenas, afros o colectivos LGTBIQ+), han tenido como reacción fuertes resistencias por parte de los sectores más privilegiados, con el surgimiento de discursos anti-derechos que apuntalan los patrones tradicionales de poder, al tiempo que estigmatizan a dichos sujetos y dificultan su emancipación.

10. Ausencia de valores compartidos

La incapacidad para elaborar narrativas integradoras y su sustitución por imaginarios y prácticas excluyentes ha conducido a las democracias de la región a carecer de un suelo de valores compartidos. Esta ausencia de relatos virtuosos en torno a ideales deseables, como la justicia o el buen vivir, y su reemplazo por discursos discriminatorios o excluyentes cercena la posibilidad de un “nosotros común”, al tiempo que dificulta las bases para un diálogo constructivo que permita llegar a acuerdos sociales creíbles y legítimos.